LA CARRERA HACIA EL AÑO 2000 *

Una prognosis político-económica

En este libro el profesor Baade nos proyecta el transcurrir del tiempo hacia el acaecer del cercano año 2000, cuando se preparen las campanas de las iglesias del mundo a tañer—¿a gloria?—en el umbral del tercer milenio del nacimiento de Jesucristo.

La versión castellana ha sido hecha sobre la cuarta edición alemana y la obra ha sido o está siendo traducida en los Estados Unidos del Norte de América, en Hungría, en Suecia, en Italia, en el Brasil y hasta en Rusia.

El público hispano tiene, pues, ante sí una obra de éxito universal, que no es novela, ni teatro, ni un guión de cine comercial. Mas, tiene argumento, actores e interrogante. Su atrayente prosa hace hablar a los actores: las naciones, las tierras y los mares, los hombres, las energías y las máquinas, y, con sorprendente cadencia musical, las cifras, los coros estadísticos, nos cantan el cercano porvenir y prevenir, cual las voces sesgadas de la tragedia griega.

El argumento y desenlace son, además, un texto muy importante sobre los fundamentos económicos de la política internacional.

Fritz Baade, el gran economista internacional, discurre, al parecer, con la exclusividad y objetividad que se exige a los científicos; mas su trama —secreto de su dialéctica—, si bien arguye por la universal mayor prosperidad—objetivo (*Zweck*) económico—, nos conduce insensiblemente a su propósito—fin (*Ziel*)—, o meta humana: la Paz universal, el *Paradis*, en trágica alternativa con la autodestrucción de la humanidad. El título de la obra: *La carrera hacia el año* 2000, encierra la mecánica del carácter y conducta de los actores; mas la tragedia intencional del próximo futuro

* BAADE, Fritz: *La carrera hacia el año* 2000. Lo que nos espera: Gloria o cenizas de la Humanidad. Barcelona (Labor), 1963.

se halla en el subtítulo acabado de mencionar, paraíso o autoaniquilamiento. Este gran interrogante, con su implícita admonición, está vertido al castellano con dos voces de contenido más adecuado al mundo hispano: Gloria o cenizas de la humanidad, y sobre ello vamos luego a discurrir.

El autor es alemán y, aunque perceptor extraordinario de las realidades, cual objetivo economista, en su fuero interno y subjetivo, es un idealista. Como en el Tannhäuser, lo que hace tan sugestivo el libro de Baade es la disputa de los cantores, el ideal puro de Elisabeth en el desenlace y paz gloriosa frente a las fuerzas atrayentes de la realidad de las pasiones; el paraíso de la *Venusberg,* vencido por esa Elisabeth, que en Bayreuth encarnó precisamente durante la tercera edición alemana de esta obra en un nombre por demás significativo: Victoria de los Angeles. El compositor de esta prognosis pertenece reciamente al ambiente que, genéricamente, se califica de mundo occidental, y específicamente, al de los países económicamente muy avanzados; ésta en su óptica objetiva; el ambiente subjetivo, su circunstancia sociológica, es el del socialismo moderno, nórdico; en este ambiente reposa su casi irenismo, así como su libre teología.

Título y subtítulo, así como toda la argumentación y dialéctica de la obra, reflejan los ambientes del autor y son los elementos más propicios de su éxito; porque la forma y manera de cuantos problemas trae a escena y enlaza en sus capítulos, con imperceptible pero excelente y honda maestría, se hacen asequibles a los modernos ambientes afines, anhelantes de ver expresadas, con claridad adecuada a su mundo, cual íntima y reveladora conversión concordante, sus cuitas familiares.

El ambiente del mundo hispánico es, ciertamente, igual en género. Estamos seguros que leerá de corrido el sugestivo discurrir del autor. Mas nuestro mundo, aquende y allende los mares, tiene hondas diferencias específicas dentro del género «mundo occidental»; inapercibidas muchas veces tanto por la especie centro-norte europea cuanto por la especie llamada norteamericana: económicas, estratégicas, jurídicas, políticas, sociológicas, culturales, morales y religiosas. Son realidades y hechos geográficos (infraestructurales) e históricos; ciertamente también de múltiple variedad, pero dentro de la misma especie, cuales son las variedades en sendas especies europas y norteamericanas.

Consiguientemente, al interés genérico por el contenido de la obra se unirá, para el mundo hispánico, el interés de cierto, quizá fundamental, contraste; es decir, la atención crítica por conocer el enfoque y tratamiento

de los problemas mundiales por una mente esclarecida de los países gran industriales y financieros que, dadas sus necesidades de continua expansión, observan el mundo todo con doble responsabilidad y atención: hacia sí mismos, el porvenir de sus propias actividades, y hacia los demás, el curso de su implicado desarrollo en cuanto mercados «necesarios» para colocar su ya *infrenable acelerada producción de bienes económicos*: de química agraria e industrial, de mecánica, de transportes, y los de goce para el gusto, el facto, la vista, el oído, los aromas y cuanto la publicidad internacionalizada hace apetecer con ilusión de propia elección. Estos países, los llamados económicamente grandes, sienten el desarrollo de los demás íntimamente ligado a su propia existencia y progreso, porque disponen de potenciales de decisión de que carecen, en gran parte, los países con economía de menor riqueza, sea por infraestructuras menos dotadas o difíciles, sea por situación o posición.

No es, pues, de extrañar que la mentalidad, el mundo de las ideas y concepción de la vida personal e internacional de los países que ya no tienen más remedio que correr, que progresar, sobre un tiempo cada vez más corto, sea muy distinta a la de las formas de vida y las metas personales de los países cuyos tiempos se numeran, ponderan y mensuran aún, más cerca de la naturaleza y el hombre que de la máquina y de las masas.

Quizá ahora los lectores convendrán conmigo en que las mentalidades de los países de tiempo corto, los, digamos, al norte del paralelo 43 para Europa y del 38 para Norteamérica, puedan tener respuesta a los conceptos encerrados en estas dos voces de admonición del autor en su subtítulo en alemán: paraíso y autodestrucción. Voces que, en gran parte del sur de dichos paralelos, la misma idea genérica que contienen ha de ser más comprendida mediante la contraposición de otros dos conceptos: gloria y cenizas, que son los de la versión hispánica.

Si el autor se hubiese limitado al examen objetivo y a su genialmente estructurada prognosis de las metas económicas para el año 2000, el libro solamente hubiera sido valorado por especialistas. Mas, ya hemos demostrado que su argumento tiende a una finalidad humana y de política internacional. La economía, empero, como tal ciencia y la actividad económica en sí misma, no tienen finalidad. Tienen sólo objetivo: la riqueza. Esto, si bien olvidado o desconocido para muchos, lo dejó esclarecido Aristóteles, hace ya tres siglos y dos milenios, en su *Moral a Nicómaco*: «Quien

actúa con fin de ganancia (el crematístico) lucha incesantemente; mas es evidente que la riqueza no es el bien (el fin) anhelado. Lo que sí persigue es lo útil, pero sólo a causa, o como medio, para otras cosas.» De ahí que estas otras cosas, estos bienes, sean fines humanos extraeconómicos a conseguir mediante las cosas útiles, crematísticas o bienes económicos. Por consiguiente, una misma sociedad o actividad económica puede tener y tiene múltiples fines humanos, altos, neutros o abyectos, según sea la intencionalidad de mentalidad del actuante, consciente o, para la mayoría, envuelta en la dictadura moderna del grupo o de la masa.

Por esto el autor, haciéndose comprensible al mundo en el que predomina una mentalidad para la cual el goce placentero de la vida es casi supremo y está ligado a la posesión creciente de bienes materiales y sensibles y cuya pérdida le supone un vacío, un aniquilamiento de su ser, empleó, en su texto alemán, las voces aducentes de paraíso y destrucción.

Mas, la Tierra tiene otros géneros de concepciones de la vida que los del norte del mundo occidental, con también sus especificaciones y variedades. No importa la imposibilidad de su nítida delimitación espacial, porque los pueblos todos, en mayor o menor grado, son anfictiones, es decir, se construyen, se realizan, material y espiritualmente, entre sí. El mundo soviético es uno de esos géneros; incluyendo las impuestas especificaciones, coloniales con las del Occidente, en sus satélites. En Africa y Asia, no sólo hallaríamos varias especies, sí que también grandes géneros, pues la distinción entre China e India, por ejemplo, si desde Europa o Norteamérica puede parecer especie, la realidad asiática no dudará en su evidencia genérica. En estos pueblos, ¿puede ligarse la prosperidad material a paraíso? La destrucción, ¿provocará tanto horror como en el bien alimentado, vestido y encasado occidente nórdico?

El mundo hispánico es también ajeno al concepto de *Paradis* en relación a la posesión de riquezas o de prosperidad económica. En cuanto a la destrucción, la muerte no le horroriza, antes bien, la tiene siempre presente, presto a darla para un bien superior. Ama y apetece las riquezas, como todo ser humano, pero no las adora. A la vida amena conseguida por ellas le llama *cielo*, en sentido terrenal; a lo placentero del vivir cómodo, *bienandanza*; a la *fortuna*, le une la *fama*, y al distinguirla, si bien habida, le aduce los calificativos de *reputación* y *honorabilidad*. Así, pues, paraíso para el mundo hispánico, es cielo, bienandanza, fortuna, fama, reputación, honor; vocablos todos que, semánticamente, se unen a las acep-

ciones de Gloria, pues gloria es la satisfacción por un éxito obtenido honorablemente, y estar uno en la gloria es la situación de contento y gozo, todo en sentido estrictamente humanístico, mas siempre uniendo materia y espíritu y no referido a un máximo de riquezas, sino al contento en haberlas o gozarlas. Por lo tanto, lo contrario de la gloria no es la destrucción en sí, sino el vilipendio y el deshonor, y no por causa de la riqueza, sino por el mal obrar. Los pueblos hispánicos y también los lusos, no cederán jamás por hambre, por pobreza; ni ante riquezas ofrecidas en servitud; ni se someterán a la prepotencia o pactarán con ella por miedo, aunque sea en la alternativa de prosperidad o destrucción. La historia lo confirma hasta nuestros días, tanto en Iberoamérica como en la península toda. Por esto, ceniza no dice en sí destrucción material, sino moral; por esto la hemos puesto en contraste con gloria y con fuerza mayor que destrucción material, o aniquilamiento.

Cierto que paraíso o gloria son metas *ideales* para los pueblos, y sólo aquellos que las toman por alcanzables jamás, ni humanamente, a rozarlas llegan; antes bien, su inquietud y continua insatisfacción les acrecenterá su descontento cuanto más y más posean.

Baade en sus razonares sobre alimentos disponibles para población mundial creciente, sobre los grandiosos beneficios de la técnica actual y disponible, sin referencia siquiera a nuevas invenciones, sobre las fuentes de energía y su generosa disponibilidad para siglos, convence, con su realismo, tan precisa y hasta contundentemente, que su optimismo, que transfiere al lector, ya no se presenta como un ideal anhelado, sino como una realidad a la puerta casera de cada ciudadano del mundo. Este es el realístico y sonriente balance de su interrogante plan dialéctico en cuatro pares de prognosis y cálculos objetivos: Espacio-población; alimentos-agricultura, agro y mar; hombre-máquina y energía-industria. Esta es también la esperanzadora conclusión entre necesidades de desarrollo en países menos dotados (de recursos o de capitales) y las posibilidades de inversiones de los países productores de capital y de técnica. A partir de aquí, desde el capítulo noveno al duodécimo, ya no es sólo el economista quien arguye; es ya el político y moralista internacional.

Ese optimismo derivado de las razonadas suficiencias económicas del mundo, aunque su población crezca de los 3.300 millones actuales a los 6.500 en el año 2000, supone, según Baade, un requisito: el desarme pleno y total, es decir, la paz universal. Para ello Baade requiere dos condiciones:

la coexistencia pacífica Oeste-Este y la afirmación del espíritu cristiano del Sermón de la Montaña. En ambas condiciones y en su forma de interpretarlas va implícito, de nuevo, el contraste aleccionador entre el ambiente ideológico de las potencias de vida altamente mecanizada y los ambientes hispánicos, cuyo es el interés por conocer, por este libro, esos otros pensares.

Sobre la Paz, tranquilidad en el orden, y la Guerra o lucha—material o ideológica—, para restablecer el orden maltrecho, nuestros pueblos tienen, por tradición, ideas que se hicieron universales con el fundador del Derecho Internacional, Francisco de Vitoria, así como también con Suárez. Pero, además, tres siglos anteriores a estos dos grandes internacionalistas, vigentes hoy en día, Raimundo Llull o Lulio, en su *Arbol de la Ciencia*, por no citar otros escritos, como, por ejemplo, *Blanquerna*, no coloca solamente al Poder como definidor de la Paz, sino que le une otras cuatro soberanas definidoras: Sabiduría, Voluntad, Igualdad y Bondad, para que los pueblos—y su comunidad universal, que propugna ya en el siglo XIII—, que existen, dice, por «intención de congregación y ajustamiento de gentes», puedan «obrar iguales obras y garantizar la *común utilidad* (el bien común universal) y la paz mundial»; porque Paz quiere decir, «alejamiento de la guerra entre las naciones para común utilidad»; frente a las que llama *utilidades específicas* o sean los intereses particulares de cada pueblo. Lulio, que ha sido olvidado durante siglos, no sólo fué prolífero y hondo pensador, sino viajero por el ecúmene de su época para propagar esa concordia entre los pueblos, cristianos y no cristianos, y es tal la fuerza de su alternado subir y bajar, de los hechos a los principios y viceversa, que hoy su doctrina se muestra vigente y lo podemos aportar como autoridad universal, por sus continuas ediciones, entre las cuales descuella la edición monumental de sus obras realizándose en la misma Alemania.

El anhelo de Paz ha sido siempre propugnado por todos los autores y autoridades cristianas, pero siempre ha ido lógicamente unido a la justicia y caridad, frente a las paces espúreas, insinceras o arteros armisticios para alzarse más tarde con la prepotencia. Treguas cual la que refiere Cicerón en sus *De Officii*, entre cartagineses y romanos por quince días en las guerras púnicas de Sicilia, cuando, recién firmada, los fenicios razziaron el campo romano y porfiaron que no lo habían vulnerado porque al leerse el tratado hicieron notar, cínicamente, que sólo estaba escrito «días», mientras que ellos habían invadido de «noche». A lo cual apostrofa Cicerón: *summum*

jus, summa injuria. La coexistencia con los soviets la tienen por injusta los pueblos hispánicos, porque su ideología, escrita y actuante, ha sido y continúa siendo sistemáticamente insincera, y porque su guerra no es sólo de poder guerrero o económico, sino de mentalidad y contumacia arteramente destructora del humano orden y principios fundamentales morales de los pueblos. Por lo tanto, a la coexistencia y al desarme con los soviets, mientras no den pruebas realmente fehacientes de lealtad y humanidad, los pueblos hispánicos han de declarar, por propia y sangrienta experiencia en ambos lados del océano y por razón y voluntad, un lógico y firme *non possumus*. ¿Pueden acaso hermanarse el día y la noche de sendos últimos capítulos de las dos partes del texto del segundo Programa del Partido comunista proclamando en Moscú a los cuarenta años del primero, el 31 de octubre de 1961—precisamente al ver la luz la primera edición de esta obra—, que la *coexistencia pacífica* (cap. VIII) es el prerrequisito para la *lucha* (cap. VII y último de la segunda parte) hacia el comunismo internacional?

El sincero idealismo del profesor Baade, en su ambiente, va unido a su personal sentido cristiano, argumentado desde el capítulo décimo y expresado paladinamente en el contenido y titulación del capítulo postrero: «La magna época de la cristiandad». Con ello se une a Lulio, enlazando Paz con espíritu cristiano. Mas, también aquí existe contraste entre el ambiente nórdico de una concepción cristiana de libre o personal examen interpretativo, con el cristianismo tradicional y católico de los pueblos hispánicos; pero ya es extraordinario y consolador que hoy en día, aun con distinta interpretación, los cristianos todos invoquemos públicamente nuestro común Evangelio. En concreto, Baade, con renovada norma de concordia mundial, recurre al Sermón de la Montaña como necesario principio y norma de vida y convivencia, anterior y superior a las «utilidades específicas» o de intereses materiales de las naciones, y como requisito *sine qua non* de la concordia y paz entre los hombres y todos los pueblos.

Por ello debemos hacer votos y al propio tiempo laborar para que el año 2000 las campanas suenen a Gloria, porque la misma gloria terrenal es el fruto de la Paz.

Ramón PERPIÑA.